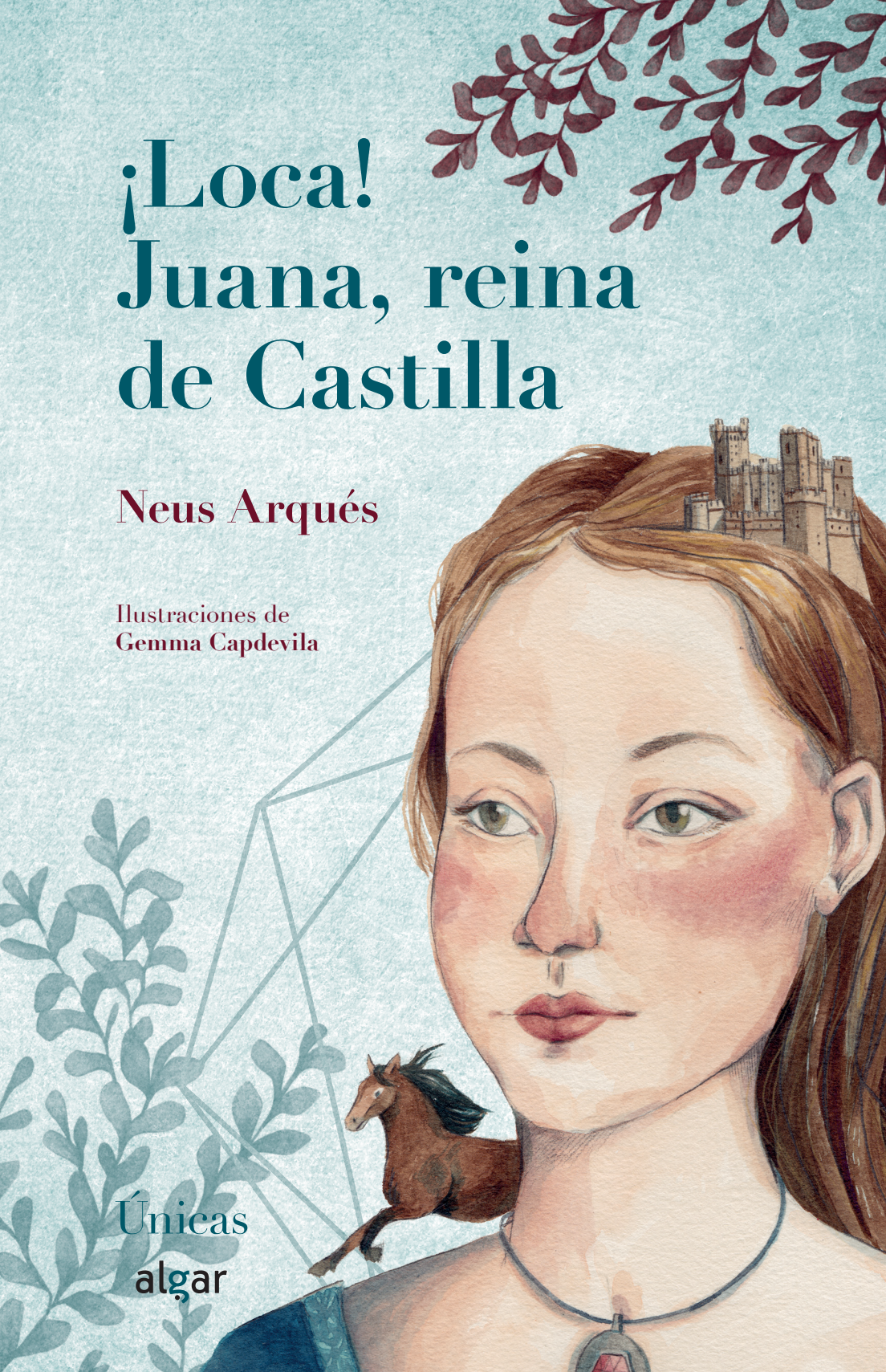
# ¡Loca! Juana, reina de Castilla

Neus Arqués

Ilustraciones de
Gemma Capdevila



Únicas
algar

# 1
# ÚLTIMO DÍA

Hoy es el día que no iba a llegar nunca. Pero ha llegado y, me guste o no, me voy de casa. Me hace ilusión, claro. ¿A quién no se la haría? Confieso que también estoy asustada. No sabría decir qué estoy más, si ilusionada o asustada. Espero que no se me note.

Oigo los pasos de Anastasia. La criada camina con sigilo, de alfombra en alfombra, para no hacer ruido. Cree que estoy dormida, pero se equivoca. Llevo toda la noche dando vueltas en la cama. ¡Dormir! A veces pienso que me toman por tonta. ¡Cómo voy a dormir con la que se avecina! Por mucho que te preparen, nada te mentaliza para dejar atrás a tus padres, a tus hermanos, a tus amigos.

–¡Señora! –Anastasia me toca ligeramente el brazo.

Esta mañana no me propina el brusco tirón con el que más de una vez me hubiese tirado de la cama si hubiese podido. En mi habitación hace frío del bueno, y en invierno no apetece levantar las mantas o alejarse del brasero. Hoy, en cambio, la canaria me despierta con la suavidad de quien sabe que es la última vez que abro los ojos en el castillo de Almazán.

No sé si decir que me voy o que me echan. Porque cuando tus padres te casan, te están invitando a marcharte. Y eso han hecho los míos. Me han casado. Claro que mis padres no son muy normales. Soy hija de reyes. Alguna ventaja tiene, pero algún inconveniente también. Cuando se enteró de mi matrimonio, mi hermana Catalina, la pequeña, me miró con cara de pena. Vale, igual cree la ilusa que ella sí escogerá novio. Se equivoca. Se lo han escogido, como a mí, y cuando el día llegue también tendrá que marcharse. Ella, como yo, es una pieza en un tablero de ajedrez.

Me levanto de un salto. Anastasia y yo empezamos una especie de carrera frenética: parecemos gato y ratón persiguiéndonos por la estancia, que si dame la camisa, que si ya me la quito sola. Nos entra la risa tonta y me doy cuenta de que la criada está tan nerviosa como yo. Normalmente no iríamos a este ritmo. Ha llenado la tina con agua bien caliente, pero no hirviendo. Es su manera de decirme que hoy se está esmerando para que me lleve un buen recuerdo de este día. Me quedaría un rato más, sumergida en esta agua tan relajante. ¡Qué ganas tenía! No comprendo a los que dicen que los baños son malos. Creo que te purifican el cuerpo y el alma. Como yo también quiero dejar buen recuerdo, salgo rápido de la tina para que mi hermana María, que se bañará después de mí, encuentre el agua clara. Así son las cosas en esta corte: en una misma tina nos bañamos todos.

–¡Mi señora Juana, el reino no espera! –me recrimina la canaria.

Cuando me llama por el nombre, es porque se impacienta. No puede evitarlo, aunque esta mañana quiera lucirse conmigo, antes de que emprendamos el gran viaje.

Juana para arriba. Juana para abajo. Me llamo igual que mi hermano, el heredero. A los dos nos bautizaron con el nombre del santo patrón de la familia. Estará contento, el santo quiero decir: dos infantes por el precio de uno. Pues sí. Soy la hija mediana perfecta. Mis hermanos mayores se llaman Isabel y Juan, luego voy yo y detrás van las dos pequeñas, María y Catalina.

¿Si nos llevamos bien en casa? La verdad, a mí me han dejado bastante tranquila. Soy la tercera y las posibilidades de que me toque reinar son nulas. Antes van mis padres y mis dos hermanos mayores. Por eso no me han apretado tanto. Me han dado más margen y me ha venido muy bien. De todas formas, madre nos ha tenido estudiando a todos: que si buenas maneras, que si francés, que si latín. Lo he aprendido con doña Beatriz. A esta institutriz la llaman la Latina, porque habla esa lengua como nadie. Es amiga de la reina, y a veces pienso que me educa en su nombre, por delegación. Madre está demasiado ocupada gobernando para atendernos en persona. Hay días en que ni siquiera la vemos.

Se me da bien la música. Me distrae. Ya me dirás qué otra cosa puedo hacer, en esos inviernos largos y fríos en que tenemos la casa llena de nobles discutiendo con mis padres. Los reyes están siempre en movimiento, de manera que puedan seguir de cerca todo lo que sucede en Castilla y con la Reconquista. No tenemos casa fija y la vida en una corte itinerante es poco agradecida. Para cuando te acostumbras a un sitio, te dicen que te tienes que marchar. Por suerte, estoy acostumbrada: los reyes nos han llevado con ellos a todas partes. Ya de pequeños nos subían en mula; madre encargó que nos hicieran unos sillines a medida, acolchados y tapados con mantitas. Será por eso que a todos nos encanta montar.

Pues eso. Me encanta cabalgar. Y rezar. A mí lo que de verdad me gustaría es ser monja y entregarme a Dios. Ya he visto las angustias que sufren madre y padre para dirigir sus reinos. Prefiero que sea el Señor –y no los nobles– quien gobierne mi alma. Pero dice fray Andrés de Miranda, mi confesor, que el Señor gobernará mi alma a distancia porque resulta que aquí no me puedo quedar. Dios ha propuesto –y mis padres disponen– que marche a Flandes a matrimoniar con don Felipe, archiduque de Austria y duque de Borgoña. ¡Y eso no es todo! Mi Felipe es duque de Brabante y conde de Amberes y gobierna en un montón de sitios más que me he aprendido de carrerilla. Y lo mejor: es guapo. El archiduque es tan guapo que le llaman el Hermoso. Es noble,

es guapo ¡y es mío! Sí, he tenido suerte y la voy a disfrutar.

Hoy me voy de esta casa, camino de mi nueva vida. Embarcaré en el puerto de Laredo, y madre y mis hermanos acudirán a despedirme. Mi padre, el rey Fernando, se marchó hace días, por culpa de una batalla con el rey francés. No quiero pensar que le importa más Aragón que yo. Lo que sucede es que el deber es el deber. Sola no marcho, por suerte. Anastasia se viene conmigo.

–¿Quién atenderá a mi señora, si no? –exclamó, cuando se lo dije.

La canaria es mi criada más simpática. Me acompañan un centenar de nobles. A algunos los conozco bien, a otros menos. Bueno, vamos a pensar que mejor mal acompañada que sola, porque donde seguro que no conozco a nadie es en Flandes. Pero no quiero preocuparme. Unos y otros cuidarán de mí. Podré hacer y deshacer, sin que madre o doña Beatriz estén constantemente supervisando qué digo, a quién se lo digo, si entro o si salgo.

Pero lo cierto es que voy a un país donde no conozco a nadie. Ni siquiera conozco a mi marido. ¿Me gustará? ¿Le gustaré?

# 2
# PENSANDO EN FELIPE

Durante el viaje hasta el puerto de Laredo me pregunto todo el rato si don Felipe siente lo mismo que yo. Si está nervioso. O ilusionado. ¿Qué le han contado de mí?

Mi Felipe es muy galante. El Hermoso, le llaman. Me mandó un pequeño retrato y lo cierto es que cuando lo vi, se me escapó un ¡ay!, porque guapo lo es un rato. Tiene esa guapura que no es muy castellana pero que te llama, con esos rizos, una nariz larga y unos labios carnosos. ¿Besará bien? Esta cuestión es importante, porque yo no tengo mucha experiencia en besos, así que como me toque llevar la iniciativa, vamos mal. Y no me atrevo a preguntar a madre.

La altura no me preocupa, porque soy más bien baja y seguro que Felipe me saca mínimo un palmo. No es broma: que una infanta sea más alta que su esposo no luce. Me cuentan que es buen bailarín –en eso nos parecemos, y me alegro, porque tendré a alguien con quien bailar sin andar esperando al noble de turno al que me toca distraer porque es un aliado de Castilla. Los hay auténticamente patosos: con mi

Felipe ese suplicio se acabó. En adelante bailaré con él y solo con él.

También me ha llegado el rumor de que a mi prometido le van las fiestas. No veo qué tiene eso de malo, ni seré yo quien se oponga. Mi futuro marido es apenas un año mayor que yo. Figúrate entonces: si a esta edad no vivimos la fiesta, ¿cuándo la disfrutaremos? Además, hay que tener en cuenta que el pobre lo ha pasado mal. El archiduque perdió a su madre de muy pequeño, con cuatro años. ¡Pobrecito! Crecer sin madre, eso debe de ser duro. Yo siempre he estado con la mía: la reina Isabel ha querido a sus hijos a su lado. A Felipe, en cambio, ¿quién le habrá mimado? ¿Quién le ha educado? Seguro que anda sediento de amor. Yo se lo daré, le daré todo el amor que necesita y más. Formaremos una bonita familia, con todos los hijos que Dios nos mande, porque esa es mi labor, dar herederos al reino, y educarlos y acompañarlos. ¡Ay, Felipe! Yo seré la madre de tus hijos.

Cuando nos prometieron, el archiduque pidió un retrato mío. Escogí uno en el que había quedado especialmente bien, con el cabello recogido en una red y mi talismán, ese rubí que llevo siempre atado al cuello. Rojo sangre. ¡Cuánto me gusta el color rojo! Me miro al espejo y veo a una chica castaña, de piel limpia y boca pequeña. ¡Espero que a mi prometido no le parezca demasiado pequeña! ¿Y si me encuentra demasiado baja? No, Felipe, no te quejes, que tú también habrías podido tener peor suerte. Los dos esta-

mos sanos, somos jóvenes y guapos y tenemos la vida por delante para crear una familia y para gobernar nuestros reinos. Los Países Bajos, Castilla y Aragón serán más fuertes gracias a nuestro matrimonio. Y a Francia que le den morcilla.

Todo el mundo me insiste en la importancia de las alianzas políticas. Madre no pierde oportunidad de recordármelo a lo largo de este viaje hasta el puerto de Laredo. Me repite que mi obligación es defender los intereses de Castilla en la corte de Flandes. Yo le digo que sí, que por supuesto defenderé su corona, pero a mí lo que me preocupa es el día a día. Lo que sentiré cuando me case. Si me adaptaré a mi nuevo hogar y cómo será la comida. Ni siquiera sé si don Felipe me entenderá: se supone que entre nosotros hablaremos en latín.

Recuerdo como si fuera ahora el momento en que madre me dio la noticia. Fue la canaria Anastasia quien me previno de que la reina quería verme. Me fastidió, la verdad, porque estaba a punto de salir a caballo con mi hermano Juan y tuve que cambiarme de ropa a toda prisa, pero a la reina no la podía desobedecer, eso estaba claro, ni podía presentarme vestida de cualquier manera. No me lo esperaba. La reina celebra audiencias los martes y viernes, y esos eran los días que aprovechábamos Juan y yo para salir. ¿Por qué me mandaba llamar?

Entré en la sala y me sorprendió encontrar a madre sola. Si tu madre es reina, las posibilidades de tener una conversación de tú a tú son pocas. Yo las ansiaba, pero la audiencia de esa tarde me pilló por sorpresa y, francamente, lo único que quería es que terminase rápido. Quedaban un par de horas de luz y, si aviábamos, podría galopar con Juan hasta el erial.

Saludé con la reverencia de rigor mientras me esforzaba por recordar qué error mío podría haber provocado esa atención. A lo peor madre querría reñirme por el accidente. Resulta que me caí del caballo al cruzar el río Tajo y los caballerizos tuvieron que acudir corriendo a rescatarme. Pero eso ya pasó. Además, no protesté ni me quejé mientras me sacaban del agua, y para ella no quejarse es un mérito. Por eso estaba segura de que no era por el accidente que madre quería verme. Entonces, ¿de qué quería hablar?

La reina me miraba en silencio y yo continuaba de pie, sin saber bien qué hacer, esperando la venia para sentarme. Madre carraspeó y se levantó despacio. Iba vestida al estilo morisco. Cuando no tenía visitas de Estado, se ponía esas túnicas porque decía que iba más cómoda y ligera. Se acercó, con la espalda bien recta y, como siempre, fue directa al grano.

–Buenas noticias, hija. Y quiero dártelas personalmente. Hemos concertado una doble alianza con el emperador Maximiliano. Tu hermano Juan casará con su hija Margarita de Austria. –Se detuvo un momento, queriendo quizás darme un segundo–.

Y hemos concedido tu mano a su hermano, Felipe de Borgoña. Con estas dos bodas cruzadas frenamos las aspiraciones de Francia. Recuerda siempre que Francia no nos quiere, que el rey francés continúa luchando contra tu padre en Aragón y que hará lo que sea por herir la nación castellana. Tu boda con Felipe nos unirá a Flandes: ellos al norte y nosotros al sur aislaremos al francés. Contigo contamos para que esto suceda.

Recuerdo que me agarré al respaldo de la silla más cercana. Solo podía pensar en el caballo, en salir corriendo, en cabalgar. Por un momento, perdí el mundo de vista. ¡Tengo dieciséis años y me voy a casar! Sentí miedo, una ola de miedo descomunal que se me tragaba. Sentí que la ola me ahogaba, bajaba y subía, y después, casi enseguida, una gran curiosidad. ¿Cómo debe de ser casarse con alguien? ¿Cómo sería don Felipe?

Madre prosiguió:

–Debo prevenirte de que marchas sin recibir dote, Juana. Hemos acordado que tanto Margarita como tú, en vez de dote, recibáis veinte mil escudos cada una, procedentes de las tierras de vuestros maridos. Juan aquí y Felipe en Flandes se ocuparán de manteneros.

Yo continuaba en silencio y en estado de choque. El tema del dinero era lo último que se me pasaba por la cabeza en aquel momento, pero no se me escapaba que mis padres se desentendían de mi manutención.

–¿No dices nada, hija?

La reina me tomó las manos heladas y me acarició despacio los dedos.

–Madre, ¿qué puedo deciros?

A mi madre, la reina Isabel, no podía contarle que, aunque llegase a tiempo para cabalgar con Juan hasta el erial, ya nada sería lo mismo.